

tenciar y extender ciertas alternancias que son susceptibles de interpretación gramatical. El resultado de esta extensión es la naturalización de determinados patrones de alternancia, que son distintos en cada lengua.

Puede señalarse que si bien el libro *El cambio analógico* que Javier Elvira nos presenta tiene ciertas desigualdades en cuanto al contenido de sus capítulos, ya que los tres primeros se presentan sólo como una introducción para poder aprehender los capítulos cuarto y quinto, y se encuentran algunas erratas, es sin lugar a dudas una referencia obligada para todos aquellos estudiosos del cambio lingüístico. Dado el análisis que de muchos fenómenos analógicos, el autor realiza, no sólo con base en el español, sino también en el latín, en algunas lenguas romances y en algunos dialectos de la Península Ibérica, este libro se convierte en punta de lanza para el estudio del cambio analógico, estudio imprescindible para conocer las características de una lengua y que en el caso del español sólo ha sido abordando de manera indirecta.

BEATRIZ ARIAS ÁLVAREZ

Centro de Lingüística Hispánica
Juan M. Lope Blanch, IIFL

HÉCTOR SANTIESTEBAN OLIVA, *Tratado de monstruos. Ontología teratológica*, México, Plaza y Valdés, 2003, 329 pp., I.S.B.N. 970-722-259-X.

Aunque esta obra se refiere a los monstruos en general, se enfoca principalmente hacia los monstruos en la literatura, sobre todo en la literatura española de una época tan complicada y rica como es el final de la Edad Media y los inicios del Renacimiento. Época en que su desarrollo es profuso: se escribe sobre ellos, se pinta, se esculpe, se mezcla con la hagiografía y se hace parte de los mitos.

El estudio es interdisciplinario porque, aunque parte de la literatura, se aborda a través de la ontología, la naturaleza, la psicología, la etología, la mitología, la alquimia.

El autor considera que la crítica se ha ocupado poco de estos peculiares seres cuyas funciones, tanto como fenómeno literario como antropológico, son importantes. Es por ello por lo que en el presente libro se estudian profundamente, desde las hipótesis de sus orígenes hasta su desarrollo posterior. La aparición de monstruos en la Biblia denota que su origen es tan antiguo como

el del hombre. Allí aparecen en varias ocasiones, como en el episodio de la ballena, capaz de tragar entero a Jonás y expulsarlo después, o el de Jesús, traspasando los demonios de un poseso a una piara de cerdos.

Si el hombre ha creado al monstruo ¿a qué causas se debe? Si es un ser inexistente ¿cómo explicar su supervivencia a lo largo de la historia de la humanidad? ¿Pertenece al reino de lo humano o al reino animal? Todas estas preguntas se van respondiendo a lo largo del *Tratado de monstruos*.

Una de las características del monstruo es —supuestamente— su fealdad. Pero ¿qué es la fealdad? El autor de adentra en cuestiones estéticas y filosóficas para explicarlo. Partiendo de la idea de San Bernardo de “hermosura deforme” y “deformidad hermosa” (p. 85) se pregunta: ¿Qué es mas bello que el monstruo en su fealdad?, ya que los conceptos de belleza y fealdad, bondad y maldad son siempre relativos.

En el capítulo “Fines” se plantea la interrogante de los objetivos de su existencia.

Basándose en el origen de su etimología, ‘mostrar’, San Isidoro afirma que “se muestran para indicar algo o porque ‘muestran’ al punto qué significado tiene una cosa” (p. 81).

Héctor Santiesteban afirma que “monstruo y hombre tienen mucho en común” (p. 92). Común es su temporalidad y comunes son varias de sus funciones. En el capítulo “Monstruo y héroe” (pp. 171-244) se presenta al monstruo como parte intrínseca del héroe, contra el cual puede pelear o, contrariamente, ser su intercesor. Finalmente es “él mismo”. Con frecuencia es su parte negativa y, en este sentido, sería el causante de todas las actitudes peyorativas del hombre, como los momentos en que es dominado por el furor, estado tan frecuente en la literatura renacentista, que convierte momentáneamente al individuo en bestia. Pero esta actitud no es nueva en los héroes renacentistas: numerosos ejemplos de este cambio de temperamento aparecen ya en la *Iliada*, y no faltan en *El Cantar de Roldán* y en el *Amadís de Gaula*.

El elemento mítico, es decir, lo que estaría relacionado con el totemismo, marca también el estrecho contacto entre hombres y monstruos. Santiesteban se refiere al totemismo individual como *nagualismo*, nombre procedente de la tradición azteca, en la que el individuo se convierte en el alter-ego de una bestia particular. El concepto de nagual se relaciona muy de cerca con la idea del alma y, por lo tanto, con el antiquísimo concepto del primer desdoblamiento humano conocido: el del cuerpo y el alma.

El monstruo está también plenamente relacionado con las creaciones folclóricas y con las producciones oníricas. La importancia

que en la antigüedad se concedió a los sueños está estudiada en este libro concienzudamente: desde las opiniones de Platón y Aristóteles, el fuerte impacto que tuvieron en la Edad Media, hasta llegar a las épocas que precedieron al Renacimiento y aún a etapas posteriores. Es curiosa la cita que se hace sobre los aciertos que M. Lutero tuvo en relación con los sueños.

En este mismo capítulo se incluye un apartado titulado "Monstruos y sexo" que se refiere a la conducta sexual de estos entes. Las fuentes mítico-literarias se refieren frecuentemente a dioses y héroes que tienen relaciones con monstruos. Y esas relaciones desordenadas engendran —naturalmente— nuevos monstruos. En muchos libros de caballerías se proporcionan referencias a los que existen debido a comportamientos 'desviados'. Como ejemplo se cita al Endriago del *Amadís de Gaula*, fruto del incesto. Sin embargo se deja muy en claro que las costumbres de los monstruos son muy distintas de las humanas.

Resulta de gran dificultad delinear exactamente las características del monstruo. Prueba de ello sería la visión de las razas nuevas, desconocidas para ellos, que tuvieron los conquistadores Magallanes, al descubrir a los patagones, los consideró semi-monstruosos por su enorme estatura y sus actitudes: "corren más que un caballo y son celosísimos de sus esposas" (p. 237). Y algo semejante ocurrió con los pigmeos, vistos como seres diferentes de los conocidos.

En la literatura medieval la figura de la mujer se presenta como ambivalente: por un lado tiene coincidencias evidentes con el monstruo; por el otro, posee altos valores espirituales. Este último concepto es el que la haría más valiosa y coincide en algunos puntos con las diferentes mitologías, donde es el ser idóneo para apaciguar a ciertos monstruos que exigen, en algunas ocasiones, una mujer joven para ser calmados. La caza del unicornio será sólo posible mediante la presencia de una doncella.

También son tratadas en el presente libro las mujeres "monstruas", como las sirenas, las melusinas, las esfinges, cuyo origen, señala el autor, procede parcialmente de los sueños. Casi todas llevan al hombre a su perdición, por medio de sus hermosos cantos o palabras fingidas. Por ello, tal vez, San Isidoro consideraba a las sirenas y a las gorgonas como simples meretrices. Otra faceta de estos personajes son las harpías, equivalentes a las madres-malas, especialmente peligrosas para los niños, y sin los encantos físicos de otras "monstruas".

En algunos libros medievales, como *El caballero Cifar*, la relación de la hermosura femenina con el diabolismo y el poder amenazante son evidentes. La infidelidad femenina tiene como

castigo que la imagen bellísima de la mujer se transforme en la imagen de un diablo feo y espantoso.

En el capítulo de "Tratado de monstruos" dedicado a la etología su autor explica el objeto de tratar a los animales en esta obra. Es porque gracias a ellos puede entenderse más fácilmente la universalidad del monstruo, ya que el conocimiento de los animales es de gran ayuda para la antropología, la comprensión del propio ser humano. La naturaleza compartida por hombres, animales y monstruos los hace convivir en muchas obras literarias. Las funciones que muchos animales desarrollan en la literatura, las pueden desarrollar también los monstruos.

Tal vez la Biblia pudo ser la primera pauta para que los hombres medievales reflexionaran sobre los animales. Héctor Santiesteban cita el pasaje en Libro de Job que pudo ser el origen de ello: "Pero interroga a las bestias que te instruyan, o a las aves del cielo para que te informen. Te instruirán los reptiles de la tierra, te enseñarán los peces del mar" (p. 249).

Sin embargo, muchas costumbres de los animales eran reprobables para el hombre medieval. Por ello, en algunas obras de esta época, animales o monstruos tratan de ser representados como repulsivos para el lector, por medio de sus gestos adustos o agresivos, o por la descripción de los ruidos que emiten.

El hombre puede adoptar, como armas de poder, elementos "monstruosos" tomados de los animales, lo mismo que puede hacer el monstruo. Algunos de los animales de los *Bestiarios* emplean armas semejantes como, por ejemplo, la posibilidad de petrificar con la vista a todo aquel que quedase enfrente. Es el caso de la medusa, cuya horrible cabeza coronada de serpientes ejercía tal efecto en cualquiera que la contemplara. Otros animales de los *Bestiarios* solamente con observar a su víctima la dejan privada de fuerza alguna.

El *Tratado de monstruos* está ilustrado con curiosas imágenes, algunas reproducciones de obras citadas sobre las diferentes concepciones del monstruo que contribuyen a la comprensión de un tema tan heterogéneo.

Una riquísima bibliografía sobre el tema ocupa el final de la obra, la cual permite no sólo conocer lo extenso del tema, sino percibir su importancia a lo largo de los siglos.

Se trata de una obra fundamentalmente erudita. Pero por su mismo tema y por la riqueza de sus enfoques proporciona una lectura de gran interés.